

Horo mis pecados, cuando trato de veras las cosas puramente espirituales y divinas, no tiene mi ánima tanta lumbre y recreacion, ni tan grandes ni tan maravillosos sentimientos de Dios; y cuando nos venimos á hacer niños y tratar niñerías, y queremos dejar á Dios por Dios, ¿entonces se nos ofrecen estas visiones? Ya te entiendo, Satanás, ya te entiendo; éstos son tus ardidés y engaños, que traen apariencia de luz resplandeciente, y son escuridad y tinieblas. Pues espera; yo te dejaré burlado.» Para resistir pues á esta tan porfiada astucia del enemigo, vase á su maestro y ruégale (como el mismo padre me contó) (1) que se venga con él á la iglesia de Nuestra Señora de la Mar, que estaba cerca de su casa, y que allí le oiga lo que le quiere decir. Y así, le dió cuenta muy por entero de todo lo que pasaba en esta parte por su ánima, y de la tela que le iba urdiendo el demonio, y que para destejerla y deshacerla de todo punto, le empeñaba su palabra y le prometía de no faltar ningún día á lición en espacio de los dos primeros años siguientes, con que no le faltase pan y agua para pasar aquel día. Y con esto échase á los piés del maestro, y ruégale una y muchas veces muy ahincadamente que muy particularmente le tome á su cargo y le trate como al menor muchacho de sus discípulos, y que le castigue y azote rigurosamente como á tal, cada y cuando que le viese flojo y descuidado, ó ménos atento y diligente en lo que tanto le importaba para el servicio divino y para la victoria de sí mismo y de su enemigo capital. Con este acto tan vehemente y tan fervoroso se deshizo luego, como con la claridad del sol, toda aquella niebla y escuridad que venía con apariencia de claridad, y le dió nuestro Señor mucha paz y sosiego en el estudio. Prosiguiendo pues en los ejercicios de sus letras, aconsejéronle algunos hombres letrados y pios que para aprender bien la lengua latina, y juntamente tratar de cosas devotas y espirituales, que leyese el libro *De Milite christiano* (que quiere decir de un caballero cristiano), que compuso en latin Erasmo Roterodamo, el cual en aquel tiempo tenía grande fama de hombre docto y elegante en el decir. Y entre los otros que fueron deste parecer, también lo fué el confesor de Ignacio. Y así, tomando su consejo, comenzó con toda simplicidad á leer en él con mucho cuidado, y á notar sus frases y modos de hablar. Pero advirtió una cosa muy nueva y muy maravillosa, y es, que en tomando este libro (que digo) de Erasmo en las manos y comenzando á leer en él, juntamente se le comenzaba á entibiar su fervor y á enfriarsele la devocion. Y cuanto más iba leyendo, iba más creciendo esta mudanza. De suerte que cuando acababa la lición, le parecía que se le había acabado y helado todo el ardor que ántes tenía, y apagado su espíritu y trocado su corazón, y que no era el mismo despues de la lición que ántes della. Y como echase de ver esto algunas ve-

(1) Borrado.

ces, á la fin echó el libro de sí, y cobró con él y con las demas obras deste autor tan grande ojeriza y aborrecimiento, que despues jamas no quiso leerlas él, ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen sino con mucho delecto y mucha cautela. El libro espiritual que más traía en las manos, y cuya lecion siempre aconsejaba, era el *Contemptus mundi*, que se intitula «De Imitatione Christi», que compuso Tomas de Kempis (2), cuyo espíritu se le embebió y pegó á las entrañas. De manera que la vida de Ignacio (como me decía un siervo de Dios) no era sino un perfectísimo dibujo de todo lo que aquel librico contiene. Como se sintió en Barcelona más aliviado del dolor del estómago de lo que solía, acordó de tornar al gran rigor de sus acostumbradas penitencias, en las cuales había aflojado algo, parte por el mal del estómago, y parte por los trabajos y dificultades del largo camino. Y así, comenzó á agnjerear las suelas de los zapatos, yéndolas poco á poco rasgando; de tal manera, que á la entrada del invierno ya andaba los piés desnudos por tierra, y cubiertos por encima con el cuero del zapato, por huir la ostentacion. Y en la misma manera iba añadiendo en las demas penitencias. Dos años estuvo en Barcelona, oyendo del maestro Ardebalo con tanta diligencia y aprovechamiento, que le pareció á su maestro que podía pasar á otras ciencias más altas. Y deste parecer fueron también otros hombres doctos, que le aconsejaban que estudiase el curso de la filosofía. Pero, como él desease estar bien fundado en la latinidad ántes de pasar á otras ciencias, no se satisfizo del parecer destes hasta que se hizo examinar de un famoso doctor en teología, el cual aprobó el parecer de los demas, y le aconsejó que para aprovechar más en los estudios de filosofía se fuese á la universidad de Alcalá, y así lo hizo el año de mil y quinientos y veinte y seis.

CAPÍTULO XIV.

Cómo le prendieron en Alcalá, y le dieron por libre.

A la entrada de Alcalá, el primero con quien topó fué un estudiantico de Victoria, llamado Martín de Olabe, de quien recibió la primera limosna; y pagóselo muy bien nuestro Señor por las oraciones de Ignacio, porque siendo ya Olabe doctor en teología por la universidad de Paris, y hombre señalado en letras y de grande autoridad, vino á entrar en la Compañía, estando en el concilio de Trento, el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, con un llamamiento extraordinario y señalada vocacion que tuvo de Dios. Fuése Ignacio en Alcalá derecho al hospital, y de allí salía á pedir de puerta en puerta la limosna que había menester para sustentarse. Y aconteció que pidiendo limosna una vez, un cierto sacerdote hizo burla dél, y otros hombres baldíos y holgazanes que estaban en corrillos también le decían baldones y mofaban dél. Tuvo mucha pena de ver esto el prioste del hos-

(2) Borrado. Se duda quién fuera su verdadero autor.

pital de Antezana (1), que era nuevamente fundado, y llamando aparte al pobre Ignacio, le llevó á su hospital y dióle en él caritativamente aposento por sí. Hallándose aquí con más comodidad para su intento, se ocupaba en los estudios de lógica y filosofía, y aun oía al Maestro de las sentencias (2); pero no por eso dejaba las obras de devocion ni de misericordia, ni de procurar la salud espiritual de sus prójimos, porque andaba con grande ánsia allegando limosnas, con que sustentaba á los pobres que padecían mayor necesidad, y encaminaba muchos á la virtud por la oracion y meditacion, dándoles los ejercicios espirituales, y juntamente enseñaba la doctrina cristiana á los niños y á la gente ignorante; y respondía á estos trabajos tal fruto, que parecía aquella villa haberse trocado despues que Ignacio había entrado en ella. No pudo ya más disimular su rabiosa saña de ver estas cosas el enemigo del linaje humano, y así vino á reventar el odio que contra Ignacio había concebido lo cual fué desta manera. Tenia en este tiempo Ignacio tres compañeros, que movidos de su ejemplo se le habían allegado, como imitadores de su vida, y otro mozo frances también los seguía, y todos andaban vestidos de la misma manera que él andaba, y con el mismo hábito, que era una túnica de sayal, y así los llamaban en Alcalá, como por burla, los del sayal. Eran muy diferentes y aun contrarios los pareceres de las gentes, que tomaban materia de hablar, así por ver estos hombres en compañía, como por el concurso grande de gente que se les llegaba á oír á Ignacio, y no ménos viendo el fruto claro que se cogía del ejemplo de su vida y de su doctrina; y así, se hablaba de este negocio en el pueblo (como se suele) segun que cada uno sentía, quién defendiendo, quién acusando, y en lo uno y en lo otro había exceso, así de los que decían bien, como de los que decían mal. Llegó la fama desto á los inquisidores de Toledo, los cuales, como prudentes, temiendo desta novedad en tiempo tan sospechoso, y queriendo, como cuidadosos, remediar el mal, si alguno hubiese, con otra ocasion, ó sin ella, vinieron á Alcalá, y hicieron diligentísima pesquisa de la doctrina, vida y ocupaciones de Ignacio, y formaron el proceso. Y hallando que ni en dicho ni en hecho no había cosa en él que discrepase de la verdadera y sana doctrina de la santa Iglesia romana, nuestra madre, se volvieron á Toledo sin llamarle ni decirle palabra; pero dejándole el proceso que habían hecho, remitieron el negocio al licenciado Juan de Figueroa, que era vicario general del arzobispado de Toledo, encargándole que estuviere sobre aviso y mirase á las manos á aquella gente. El cual, pasados algunos dias, envió á llamar á Ignacio y á sus compañeros, y les dijo que se había tomado muy particular informacion de sus vidas, costumbres y doctrina; pero

(1) Existe este hospital en la calle Mayor de Alcalá de Henares. La habitacion en que vivió san Ignacio está convertida en capilla, y frente á la puerta de la iglesia.

(2) La obra de teología escolástica escrita por Pedro Lombardo,

que por gracia de nuestro Señor no se había hallado en ellos, ni vicio en la vida, ni falsedad ó error en la doctrina, y que así podrian á su placer entender en sus ejercicios y ocuparse á su voluntad, ayudando (como lo hacian) á los prójimos; que una sola cosa no le contentaba, y era, que no siendo ellos religiosos, anduviesen todos vestidos con un mismo hábito y traje; que sería mejor, y que así se lo requeria y mandaba, que los dos, Ignacio y otro, tiesen sus vestiduras de negro, y los otros dos de leonado, y el mozo frances se quedase con su hábito. Ignacio respondió que harian lo que se les mandaba, y así lo hicieron.

Dende á pocos dias el Vicario mandó á Ignacio que no anduyese los piés descalzos; y así, como en todo era obedientísimo á quien le podía mandar, lo fué en esto, y púsose luego zapatos. De allí á cuatro meses el Vicario tornó á hacer nueva pesquisa sobre ellos, y despues de largas informaciones y largas preguntas y respuestas que á otros se hicieron, no le dijeron á él palabra ni le tocaron en un hilo de la ropa. Pero aun esto no bastó para que le dejasen vivir en paz, porque luego se levantó otra borrasca, que nació de lo que aquí diré. Entre las personas que oían á Ignacio y se aprovechaban de sus consejos, hubo dos mujeres, madre é hija, nobles y viudas honradas, y la hija moza y de muy buen parecer; éstas entraron en devocion y fervor indiscreto, y para padecer mucho por nuestro Señor se determinaron de mudar de hábito y como pobres y mendigas irse á pié en una romería larga, y pidieron parecer á Ignacio sobre ello, y dijoles que no le parecía bien, pues podian hallar en su casa más fácilmente y con ménos peligro lo que buscaban fuera della. Y como viesen que no les salía á lo que ellas querian y á lo que estaban determinadas, sin decirle más palabra, se fueron entrambas en peregrinacion á la Verónica de Jaen, lo cual fué causa que todos (aunque sin razon) se volviesen contra Ignacio, pensando que de su consejo había salido aquel hecho. Y así, estando un día bien descuidado fuera del hospital (que ya no moraba en él), llegó á él el alguacil del Vicario, y dijole que se fuese con él, é Ignacio le siguió con mucha mansedumbre y alegría á la cárcel, donde le dejó el alguacil preso. Era tiempo de estío y tenía una manera de carcelería algo libre, y así pudieron acudir á él muchos para oírle, á los cuales él enseñaba la doctrina cristiana y cosas de nuestro Señor, y les daba los ejercicios espirituales de la misma manera y con el mismo fervor que cuando estaba del todo libre. Supieron su prision algunas personas principales, y entendiendo su inocencia, le enviaron á ofrecer su favor y á decirle que si quisiese le harian sacar de la cárcel. Entre éstas fueron dos más señaladas. La una fué doña Teresa Enriquez, madre del Duque de Maqueda, señora devotísima, bien conocida en España. La otra fué doña Leonor Mascareñas, dama que entonces era de la Emperatriz, y despues fué aya del principe de Castilla el rey don Felipe nuestro señor; la cual

hoy vive en recogimiento religioso y ha sido siempre una de las más devotas y bienhechoras de nuestra Compañía. Mas Ignacio, confiado de su verdad y deseoso de padecer mucho por Cristo, no consintió que estas personas ni otras hablasen por él, ni quiso tomar procurador ni abogado, ni hombre que alegase por su justicia, pareciéndole no ser necesaria la defensa donde no había culpa. Y también quería, si en algo torciese, ser enderezado de los superiores eclesiásticos, á los cuales toda su vida se mostró serles hijo de obediencia. Estaba en este tiempo en Segovia, y aún no bien convallecido de una gran enfermedad pasada, uno de sus compañeros, que se llamaba Calixto, el cual, luego que supo que Ignacio estaba preso, se vino á Alcalá y se entró en la misma cárcel con él; mas por orden de Ignacio se presentó al Vicario, el cual le mandó tornar á la cárcel, pero poco despues fué puesto en libertad, procurándolo Ignacio, que tenía más cuidado de la flaca salud de su compañero que de su propia causa. Ya habían pasado diez y ocho días que Ignacio estaba en la prision, y en todo este tiempo, ni él sabía ni podía imaginar por qué causa le hubiesen encarcelado. A esta sazón vino el vicario Figueroa á visitarle, y comienza á examinarle y á preguntarle muchas cosas, y entre ellas, si acaso tenía noticia de aquellas mujeres viudas que arriba dije, madre é hija; dijo Ignacio que sí; y el Vicario: «¿Aconsejástelas vos que fuesen en romería, ó supistes cuándo habían de ir?—No ciertamente, dice Ignacio; ántes os afirmo con toda verdad que les he desaconsejado semejantes pasos y romerías; porque la hija, siendo de aquella edad y parecer que es, no corriese algun peligro su honra, y porque más al seguro y más libremente podrían hacer sus devociones dentro de su casa, y ejercitarse en obras de caridad en Alcalá, que no andando por montes y despoblados.» Entónces el juez, riendo (1), le dijo: «Pues ésa es toda la causa por que estais preso, y no hay otra alguna.» Pasados cuarenta y dos días de cómo le prendieron, y venidas las mujeres de su peregrinacion, tomarónles su dicho, por el cual se supo enteramente la verdad, y se halló que Ignacio no se lo había aconsejado, y así cesó toda aquella sospecha. Y viniendo el notario de la causa á la cárcel, leyó al preso la sentencia, que contenía tres cosas: la primera, que daba por libre á Ignacio y á sus compañeros, y que de lo que se les oponía fueron hallados del todo inocentes y sin culpa. La segunda, que su hábito fuese el mismo que el de los demas estudiantes, con manto y bonete, y que de ahí adelante no anduviesen de otra manera vestidos. La tercera, que pues no habían estudiado teología (lo cual siempre Ignacio claramente confesaba), en los cuatro años siguientes no tratasen de enseñar al pueblo los misterios de nuestra santa fe católica,

(1) El caso era para risa! ; Soberbio modo de administrar justicia tenía el señor Vicario de Alcalá! Despues de tener diez y ocho días á un preso sin tomar la indagatoria, al hallarlo inocente lo tomaba á risa.

hasta que con el estudio tuviesen más conocimiento y noticia dellos. Oída la sentencia, respondió Ignacio al juez en lo que tocaba al vestido: «Cuando se nos mandó que mudásemos el color de las ropas, sin pesadumbre obedecimos, porque era fácil cosa el teñirlas; mas agora, que se nos manda traer hábito nuevo y costoso, no podemos obedecer, siendo, como somos, pobres, ni esto está en nuestra mano.» Y así, el Vicario luego les mandó comprar bonetes y manteos y lo demas que á estudiantes pertenecía. Mas despues Ignacio, viendo que con la tercera parte de esta sentencia se le cerraba la puerta para tratar del aprovechamiento del prójimo, no dejó de poner duda en la ejecucion della, y así determinó de irse al arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca, que á la sazón estaba en Valladolid, y pasar por lo que él le mandase hacer. Partieron él y sus compañeros para Valladolid, vestidos de estudiantes (como habemos dicho); acogióle el Arzobispo humanísimamente, y viéndole inclinado á ir á la universidad de Salamanca, le dió dineros para el camino, y le ofreció todo favor y amparo siempre que dél ó de los suyos en Salamanca se quisiese valer.

CAPÍTULO XV.

Cómo también en Salamanca fué preso y dado por libre.

Ocupábase en Salamanca, como solia, en despertar los corazones de la gente al amor y temor de Dios. Íbase á confesar á menudo con un padre religioso de Santo Domingo, de aquel insigne monasterio de San Estéban. Y á pocos días dijole una vez su confesor que le hacia saber que los frailes de aquella casa tenían gran deseo de oírle y hablarle; al cual Ignacio respondió que iria de buena gana cada y cuando que se lo mandase. «Pues venid, dice el confesor, el domingo á comer con nosotros; mas venid apercebido, porque mis frailes querrán informarse de muchas cosas de vos y os harán hartas preguntas. Fué Ignacio el día señalado con un compañero, y despues de haber comido los llevaron á una capilla, donde se hallaron con ellos el confesor y otros dos frailes, de los cuales uno era el Vicario, que gobernaba el monasterio en ausencia del Prior. El cual, mirando con rostro alegre á Ignacio, le dice con palabras blandas y graves: «Mucho consuelo me da cuando oigo decir del ejemplo grande que dais con vuestra santa vida, y que no solamente os preciais de ser bueno para vos, sino también procurais que lo sean los demas, y que á imitacion de los apóstoles, andais por todas partes enseñando á los hombres el camino del cielo. Y no soy yo solo el que desto me gozo; que también les cabe parte desta alegría á nuestros frailes; mas para que ella sea mayor y más cumplida, deseamos oír de vos mismo algunas destas cosas que se dicen. Y lo primero, que nos digais qué facultad es la vuestra, y en qué estudios os habeis criado, y qué género de letras son las que habeis profesado.» Como Ignacio con simplicidad y llaneza dijese la verdad de sus pocos estudios,

«Pues ¿por qué, dijo él, con tan poco estudio, y con solas las primeras letras de gramática, os poneis á predicar?—Mis compañeros y yo, dijo Ignacio, no predicamos, padre; sino cuando se ofrece alguna buena ocasion, hablamos familiarmente lo que alcanzamos de las cosas de Dios.—¿Y qué cosas de Dios son ésas que decís? Que eso es lo que sumamente deseamos saber.» Entónces dijo Ignacio: «Nosotros algunas veces hablamos de la dignidad y excelencia de la virtud, y otras de la fealdad y torpeza de los vicios, procurando traer á los que nos oyen á lo bueno, y apartarlos cuanto podemos de lo malo.—Vosotros, dijo el Vicario, sois unos simples idiotas y hombres sin letras (como vos mismo confesais); pues ¿cómo podeis hablar seguramente de las virtudes y de los vicios? De las cuales cosas nadie puede tratar con seguridad sino es con teología y doctrina, ó alcanzada por estudio ó revelada por Dios. De manera que, pues no la habeis alcanzado por estudio, señal es que os la ha infundido inmediatamente el Espíritu Santo. Y esto es lo que deseamos saber cómo ha sido, y que nos digais qué revelaciones son éstas del Espíritu Santo.» Detúvose aquí un poco Ignacio, mirando en aquella sutil, y para él nueva, manera de argumentar. Y despues de haber estado un rato en grave y recogido silencio, dijo: «Basta, padre; no es menester pasar más adelante.» Y aunque el Vicario todavía le quiso concluir con la pregunta del Espíritu Santo, y le apretase con vehemencia á que le diese respuesta, no le dió otra sino ésta: «Yo, padre, no diré más si no fuere por mandado de superior, á quien tenga obligacion de obedecer.—Buenos estamos, dice el padre; tenemos el mundo lleno de errores, y brotan cada día nuevas herejías y doctrinas ponzoñosas, ¿y vos no queréis declararnos lo que andais enseñando? Pues aguardadme aquí un poco; que presto os harémos decir la verdad.» Quédase Ignacio y su compañero en la capilla, y vanse los frailes y mandan cerrar las puertas del monasterio, y de ahí á un poco pasáronlos á una celda. Tres días estuvo en aquel sagrado convento Ignacio con grandísimo consuelo de su ánima. Comia en refitorio con los frailes, y muchos dellos venían á visitarle y á oírle á su celda, que casi estaba llena de frailes, á los cuales Ignacio hablaba con mucha libertad y eficacia de las cosas divinas, como era su costumbre, y muchos dellos aprobaban y defendían su manera de vivir y enseñar. Y así, el monasterio se partió como en bandos, aprobando unos y reprobando otros lo que oían de su doctrina. En este espacio de tiempo aquellos padres religiosos, con buen celo, movidos de la libertad con que Ignacio hablaba y del concurso de la gente que le oía y del rumor que de sus cosas, ya tan sonadas, había en la ciudad (el cual casi nunca se mide al justo con la verdad), y viendo los tiempos tan sospechosos y peligrosos, temiendo que so capa de santidad no se escondiese algun mal que despues no se pudiese tan fácilmente atajar, dieron parte de lo que pasaba al provisor del Obispo. El cual al cabo de los

P. R.

tres días envió al monasterio su alguacil, y él llevó á Ignacio á la cárcel con su compañero; mas no los pusieron abajo, adonde estaban los otros presos por comunes delitos, sino en lo más alto de un aposento apartado, viejo, medio caído, muy sucio y de mal olor. Allí ataron á una gruesa cadena, larga de doce ó trece palmos, á los dos presos, metiéndoles un pié á cada uno en ella tan estrechamente, que no podía apartarse el uno del otro para ninguna cosa. Y desta suerte pasaron toda aquella noche velando y haciendo oracion. Mas el día siguiente, como se divulgó en la ciudad que eran presos, no faltaron hombres devotos (de los muchos que á Ignacio solian oír) que los proveyeron abundantemente de cama y comida y de las otras cosas necesarias. Y allí donde estaba preso no dejaba Ignacio sus ejercicios acostumbrados ni de hablar con libertad, ensalzando la virtud y reprehendiendo los vicios, y despertando los corazones de los hombres al menosprecio del mundo. Vinoles á visitar á la cárcel el bachiller Frias, que así se llamaba el Provisor, y á cada uno por su parte le tomó su confesion. Dióle Ignacio el libro de los *Ejercicios espirituales* para que los examinase, y dijole que fuera del que allí estaba, tenía otros dos compañeros, y declaróle la casa donde los hallaría. Mandólos el Provisor prender y poner abajo en la cárcel comun, para que estando así apartados los unos de los otros, no se pudiesen comunicar. No quiso tampoco Ignacio en esta persecucion tomar de los hombres procurador ó abogado que defendiese su inocencia. Pasáronse algunos días desta manera en la cárcel, y al cabo dellos le llevaron delante de cuatro jueces, hombres todos graves y de muchas letras; los tres, llamados Isidoro, Paravías, Frias, eran doctores. El cuarto era el provisor dicho, que se llamaba bachiller Frias. Todos éstos habían leído el libro de los *Ejercicios* y le habían examinado con toda curiosidad. Llegado á su presencia Ignacio, preguntáronle muchas cosas, no sólo de las que en el libro se contenían, sino de otras cuestiones de teología muy recónditas y exquisitas, como de la Santísima Trinidad, del misterio de la Encarnacion, y del Santísimo Sacramento del altar. A lo cual todo, Ignacio (protestando primero con modestia que era hombre sin letras) respondía tan sabia y gravemente, que más les daba materia de admiracion que ocasion de reprehension alguna. Púsole despues el Provisor una cuestion del derecho canónico que declarase; y él, diciendo que no sabía lo que los doctores en aquel caso determinaban, con todo eso, respondió de manera, que dió derechamente en el blanco de la verdad. Mandáronle al fin que les declarase allí el primer mandamiento del decálogo de la manera que lo solia declarar al pueblo; hizolo así, y dijo acerca desto tantas cosas y tan extraordinarias y tan bien dichas, que les quitó la gana de preguntarle más. Una cosa sola parece que no tenían por segura los jueces, que es un documento que se da al principio de los *Ejercicios*, en que se declara la

3